

Minimalismo cisterciense: del Cister del siglo XII al Minimum del siglo XXI

Cistercian Minimalism: from the 12th Century Cister to the 21st Century Minimum

Ana Maria Tavares Martins

<https://doi.org/10.17979/aarc.2011.2.2.5062>

En esta comunicación se presentará los principios, fundamentos y bases del ideal cisterciense con su materialización arquitectónica, de gran simplicidad y ascetismo, tanto en su génesis en el siglo XII como ahora en el arranque del nuevo milenio y la consecuente conexión entre todos estos principios y la reciente rehabilitación de una antigua granja en la actual República Checa. El arquitecto fue el minimalista John Pawson y la granja es actualmente el Monasterio de Novy Dvur, el primer monasterio cisterciense del post-comunismo en la República Checa.

Hay cuestiones para las cuales se buscará respuesta, ¿Cuáles fueran los ideales arquitectónicos cistercienses y como se materializaron a lo largo de los siglos?, ¿Como se entendió, de modo arquitectónico, la espiritualidad cisterciense desde la «Apología» de San Bernardo hasta nuestros días? ¿Cuáles fueron los ideales y la realidad cistercienses en su génesis del siglo XII y cual fue su legado?, ¿Y en nuestros días, como se materializan los ideales cistercienses?

En primer lugar, es conveniente mencionar el hecho de que el patrimonio monástico ha sido concebido según ideales específicos que se traducen en una realidad material. El monasterio debe ser visto como una microciudad, como una ciudad ideal, como una ciudad de Dios. Por ello, no deben dejarse de lado las connotaciones simbólicas, ideales y espirituales inherentes a este tipo de edificios, ni tampoco las transformaciones pro-

ducidas que permitieron la dialéctica entre la pequeña y la gran escala, es decir, de la ciudad de Dios al monasterio y, actualmente, del monasterio a la ciudad del Hombre.

Se entiende un monasterio cisterciense como un lugar lleno de ideales y de espiritualidad, dónde se busca a Dios. El monasterio cisterciense es así un ideal que tiene una representación y materialización que, con los siglos transcurridos, sufrieron algunas transformaciones y adaptaciones.

Es importante percibir el encuentro entre la arquitectura contemporánea y la arquitectura cisterciense pues se puede hacer un paralelo entre la austera arquitectura del Cister del siglo XII, del plan ad quadratum de las iglesias y de toda la influencia del aparente plan-tipo de sus monasterios, en la arquitectura de los siglos siguientes.

La búsqueda y predilección de valles para la implantación de los monasterios están patentes no solo en la legislación cisterciense primitiva sino también en los versos: «Bernardus valles, colles Benedictus amabat, / Franciscus vicos, celebres Ignatius urbes»¹.

Tal como relatan los documentos primitivos del Cister «⁶Y después de los muchos trabajos y extremas dificultades que han de padecer los que quieren seguir las huellas de Cristo, finalmente alcanzaron su deseo y llegaron a Cister, que entonces era un lugar de horror y una vasta soledad. ⁷Pero aquellos soldados de Cristo pensaron que la aspereza del lugar no estaba en



Figs. 1-10. (en esta página y siguientes)
John Pawson, monasterio benedictino, Novy Dvur
(República Checa), 1999/2004.





Fig. 3

desarmonía con el firme propósito que en su ánimo tenían ya concebido, y considerándolo como preparado por Dios para ellos, amaron tanto el lugar como su ideal»². Este espacio conquistado a la naturaleza, en el cual el hombre impone una orden para vivir allí en comunidad, orando y trabajando, estableciendo un vínculo con lo Sagrado y con lo sobrenatural, es un espacio ordenado según la voluntad de Dios³.

El monje benedictino Gérald de Galles (1188), dice según cita Dom Maur Cocheril⁴, dad a estos monjes una tierra *desnuda* o un bosque salvaje, después dejad pasar algunos años y encontraréis no solo iglesias magníficas, sino también viviendas que se construyeran alrededor de los mismos. Dice también San Bernardo en su Carta 106: «Fíate de mi experiencia: encontrarás bastante más en los bosques que en los libros. Los árboles y las rocas te enseñaran lo que no pueden decirte los maestros. ¿O no crees que se puede extraer miel de la roca y aceite del peñasco durísimo?»⁵.

En respecto a la elección del lugar, para la fundación del Monasterio de Novy Dvur, pasó lo mismo y de una ruina (Fig. 1) se hizo un monasterio con un lenguaje novedoso y perfectamente integrado en el espíritu cisterciense.

Un Monasterio cisterciense, sea del siglo XII o del siglo XXI como Novy Dvur (Fig. 2 y Fig. 3), debería ser construido lo más lejos posible de las zonas habitadas debido que el monje, como su nombre indica, tenía



Fig. 4

que vivir aislado. Así, motivos de orden espiritual y material ejercen un papel decisivo en la elección de los lugares de edificación de cada monasterio de la Orden del Císter⁶.

Un monasterio cisterciense debe ser considerado como una ciudad ideal y dotado de todos los elementos necesarios para su subsistencia. «Si es posible, debe construirse el monasterio de modo que tenga todo lo necesario, esto es, agua, molino, huerta, y que las diversas artes se ejerzan dentro del monasterio, para que los monjes no tengan necesidad de andar fuera, porque esto no conviene en modo alguno a sus almas»⁷.

Así que el monasterio se asume como una ciudad independiente. Además de toda su carga simbólica es un lugar funcional donde todo tiene su justificación y se sitúa en un lugar planeado pues el monasterio es primordialmente un lugar donde habitan los monjes, pero también de Dios reflejando la Jerusalén Celeste en la tierra. Para los cistercienses: «Todos nuestros monasterios se fundarán en honor de la Reina del Cielo y de la tierra. Ninguno se edificará en ciudades, aldeas o castillos. (...) Fuera de la puerta del monasterio no se edificará ninguna vivienda, a no ser los establos para los animales»⁸.

El monasterio no es sólo un paraíso en la tierra, también los lugares escogidos por los cistercienses se convirtieron, a través de su labor, en paraísos terrestres. Ellos convirtieron los más desérticos e inhóspitos luga-



Fig. 5



Fig. 6

res⁹ en *paraísos*, creando en su seno la Ciudad de Dios, utilizando para ello diversos recursos, entre los que destaca la hidráulica cisterciense.

El claustro, según Bernardo de Claraval era el *Paradisum Claustralis* y la vida en el claustro cisterciense no era exclusivamente un ideal de vida sino también una imagen y una anticipación del paraíso. Según la Carta 64 de San Bernardo (a Alejandro, obispo de Lincoln) Claraval era Jerusalén en la Tierra pues como dice: «Vuestro Felipe, deseando marchar a Jerusalén, dio con un camino más corto y llegó adonde quería. (...) Ya están pisando sus pies los umbrales de Jerusalén (...). Ha entrado en la santa ciudad, y le cayó en suerte la herencia de los que con razón exclaman: Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los consagrados y familia de Dios. Junto con ellos entra y sale, como uno consagrado más, y se gloria con los demás diciendo: Somos ciudadanos del cielo. (...) Y si queréis saber cuál es, se trata de Claraval»¹⁰.

Para los cistercienses la simplicidad de líneas, la pureza de las formas, la luminosidad y su claroscuro se bastan por sí solas, permitiendo la elevación hacia Dios. Para San Bernardo nada debería distraer la mirada y el espíritu de la idea de Dios. Para John Pawson la arquitectura produce un impacto en el alma. «Al construir para los monjes, el señor Pawson, aún siendo el minimalista absoluto que es, ha tenido que desarrollar una aproximación aún más radical a la simplicidad»¹¹ (Fig. 4).

San Bernardo condenaba la ornamentación y la belleza suntuosa no porque fuera insensible a sus encantos, sino todo lo contrario, precisamente por ser capaz de sentirlos de modo a notar que estos constituían una seducción invencible y por eso un peligro irreconciliable con las exigencias de lo sagrado¹². Bernardo de Claraval unió la experiencia estética a la religiosa al presentar la arquitectura cisterciense como la expresión que más se adecuaba a la nueva actividad religiosa. A partir de 1150 se empieza a hablar de una construcción y disposición de los diferentes espacios arquitectónicos de *more nostro* (del nuestro modo). «Para que entre las abadías se mantenga siempre una unidad indisoluble, establecemos, en primer lugar, que la regla de San Benito sea entendida por todos de la misma manera, sin desviarse de ella ni un ápice»¹³.

Así que la Regla de San Benito dotó al monasterio de un programa que a su vez generó la planimetría de su arquitectura. De hecho, San Bernardo ha sido constructor de materia al impulsar la construcción de las arquitecturas del Císter, de las cuales hoy todavía subsisten muchas, constituyéndose ejemplares vivos o simples huellas impregnadas del ideal cisterciense.

La crítica realizada por San Bernardo en la Apología al abad Guillermo¹⁴ (1125) constituye esencialmente el texto elemental en que están patentes sus ideales. El nuevo modo de encarar el arte y la arquitectura ya se presentía en la Apología que no es un compendio de arte

Figs. 7-10 (De izquierda a derecha)



y estética sino un tratado de espiritualidad monástica¹⁵. Este tratado es resultante de una controversia entre Cistercienses e Cluniacenses sobre la interpretación de la Regla de San Benito y se traduce en la respuesta de Bernardo, Abad de Claraval a Guillermo, Abad de San Teodorico.

En la «Apología al abad Guillermo» se encuentra la disertación teórica de las diferencias entre las dos observancias de la Regla Benedictina que de este modo enfrentaban los *benedictinos cluniacenses* a los *benedictinos cistercienses*, monjes negros a monjes blancos. A través de la crítica al lujo y a los excesos de ornamentación, a las deformaciones y distorsiones fantásticas del arte románico, a los excesos de las proporciones, San Bernardo abre camino para una estética de la moderación de las ornamentaciones donde la necesidad y la utilidad constituyen los nuevos criterios estéticos¹⁶.

El plano de las iglesias fue titulado, por algunos autores, de Plano Bernardino pues traducía las ideas de San Bernardo: planta de cruz latina, profundo sentido de ortogonalidad y alineamientos basados en un módulo cuadrangular. Villard de Honnecourt en su cuaderno (1230) dibujó un plano tipo de iglesia con el título «ésta es una iglesia hecha de cuadrados para la Orden Cisterciense»¹⁷ en el cual no se representa la espesura de las paredes lo que apunta para la existencia de un plano ideal, probablemente basado en la unidad que caracteriza la arquitectura cisterciense¹⁸. «Porque la arquitectura personifica ideas, refleja la identidad y da forma física y significado expresivo a los valores»¹⁹, como refiere Fergusson.

El proyecto de Pawson para el Monasterio de Novy Dvur y su posterior construcción posibilitaron repensar en términos contemporáneos la tradición cisterciense (Fig. 5). Es curioso que Pawson haya buscado sus referencias arquitectónicas en el monasterio cisterciense de Le Thoronet del siglo XII (tal como Le Corbusier) de modo constante, una década antes de aceptar el encargo de Novy Dvur.

Tal como el plano de San Bernardo, también en el plano de Novy Dvur, la iglesia (Fig. 6) es el espacio más importante, todavía arquitectónicamente el claustro (Fig. 7) es el corazón de la vida monástica proporcionando el acceso a todos los espacios significativos y necesarios a la comunidad cisterciense, además de la iglesia, la sacristía, la casa capitular, el scriptorium, el refectorio, la cocina, la biblioteca (Fig. 8).

Es así posible que esta espiritualidad cisterciense tenga una materialización arquitectónica y que siga influenciando arquitectos contemporáneos, como John Pawson, no solo en su obra como también instigándoles a la creación de una arquitectura llena de espiritualidad²⁰ (Fig. 9).

Dice San Bernardo de Claraval: «Quid est Deus? Longitudo, latitudo, sublimitas et profundum»²¹. Esta no podría ser una definición más arquitectónica, profunda e reveladora de Dios tal como escribe San Bernardo en su tratado «De la Consideratione»²² (Fig. 10).

Esto es, del Cister del siglo XII hasta el *minimum* del siglo XXI.

NOTAS

(1) «Bernardo amaba los valles, Benito las colinas, Francisco los pueblos e Ignacio las ciudades pobladas» (P. Anselme Dimier, «Stones laid before the Lord. A history of monastic architecture», Cistercian Publications, Michigan, 1999; pág. 51).

(2) «Exordium Cistercii», cap. I, 6-7.

(3) Cf. Geraldo Coelho Dias osb, «O Mosteiro de S. Bento da Vitória. 400 anos», Edições Afrontamento, Porto, 1997; pág. 13-37.

(4) Cf. «Introduction», en Frère Claude de Bronseval, «Peregrinatio Hispanica. Voyage de Dom Édeme de saulieu, Abbé de Clairvaux, en Espagne et au Portugal (1531-1533)», PUF, Paris, 1970; pág. 28.

(5) San Bernardo, «Carta 106», en Los Monjes Cistercienses de España (ed.), «Obras Completas de San Bernardo», vol. VII, BAC, Madrid, 1994; pág. 390-391.

(6) Cf. Geraldo Coelho Dias osb, «Religião e simbólica: o sonho da escada de Jacob», Granito, Porto, 2001.

(7) «Regla de San Benito», cap. 66, 6-7.

(8) Capitula IX, 1-2, 4.

(9) Cf. Deuteronomio 32, 10.

(10) Bernardo de Claraval, «Carta 64», en Los Monjes Cistercienses de España (ed.), «Obras Completas de San Bernardo», cit.; pág. 246-247. Cf. también Geraldo Coelho Dias osb, «Religião e Simbólica...», cit; pág. 206-207.

(11) Un monje de la abadía de Sept-Fons/Novy Dvur, «Los Monjes y la Arquitectura», en John Pawson, «Temas y proyectos», Phaidon Press Limited, 2002; pág. 72.

(12) Cf. Erwin Panofsky, «O significado nas artes visuais», Presença, Lisboa, 1989; pág. 92.

(13) Capitula IX, 5.

(14) Cf. Geraldo Coelho Dias osb (ed.), «Bernardo de Claraval. Apología para Guilherme, abade», Fundação António de Almeida, Porto, 1997.

(15) Cf. *Ibidem*, pág. 16.

(16) Cf. Goffredo Viti (dir.), «Architettura Cistercense», Casamari, Firenze, 1995; pág. 31.

(17) Villard de Honnecourt, «Cuaderno (siglo XIII)», Akal, Madrid, 2001; lám. 28.

(18) Cf. Peter Fergusson, «Architecture of Solitude», Princeton University Press, 1984; pág. 78.

(19) *Loc. cit.*

(20) Para más información sobre su teoría arquitectónica o influencias, véase John Pawson, «Minimum», Phaidon, Londres, 1996.

(21) «¿Qué es Dios? Longitud, anchura, altura y profundidad» (Los Monjes Cistercienses de España (ed.), «Obras Completas de San Bernardo», vol. II, cit.; pág. 226-227).

(22) Cf. Ana Maria Tavares Martins, «Uma Perspectiva da Ordem de Cister: o Legado Português», Autor, Viseu, 2007; pág. 34.